

8. Fortaleza romana

Todas las puertas, ahora se abrían al joven apóstol. La subida continuó sin obstáculos. Después de su graduación recibió el subdiaconado y fue nombrado canónigo de la Basílica de San Marco en Roma. El 12.3.1808 Fue ordenado Diácono.

¡Podemos imaginar con cuánto fervor y cuánta alegría se estaba preparando al sacerdocio! Una noche, estando en oración, mientras meditaba sobre la gran dignidad y responsabilidad que estaba a punto de tomar, le pasó por delante la gran figura de Francisco de Asís, quién no se consideró digno permaneció siempre Diácono. Hábilmente el demonio, conociendo cuantas almas le robará un día aquel curita, se insinuó en su mente y lo atemorizó. *"¡No, voy a subir al altar, no soy muy digno!"*. Exclamó Gaspar. Se recomendó a las oraciones de muchas personas piadosas para que el Señor lo iluminase, pidió consejo, le escribió a su compañera del pasado, María Tamini, ahora una monja en Macerata. Ella, con fino instinto, mostró las cartas al obispo de Tolentino, monseñor Vincenzo Maria Strambi, quién gozaba de gran fama de santidad, y que conocía bien a Gaspar, quien a su vez, tenía una gran veneración por él. El santo Obispo pensó por un momento, iluminado desde lo alto, dijo con seguridad: *"Escriba a don Gaspar que acuda de inmediato al altar, ya que esta es la voluntad de Dios"*. La humildad, de la cual el demonio se había servido para aterrorizarlo, es precisamente la virtud que le inclinó la cabeza de Gaspar frente el santo obispo: el 31 de julio de ese año, fue ordenado sacerdote y el 02 de agosto celebró su primera misa en San Marcos.

Se lanzó con renovado celo en el apostolado, restauró la iglesia de Santa María in Vincis y allí fundó dos cofradías: la de *San Francisco Javier* para los hombres y la de las *Hermanas de la Caridad* para las mujeres, con tarea de una ferviente actividad espiritual y compromiso de asistir al cercano hospital. La iglesia se encuentra cerca de la Basílica de San Nicola in Carcere, donde se veneraba una insigne reliquia de la Preciosa Sangre. Aquí Gaspar conocía un santo sacerdote, mons. Francesco Albertini, y se unió a él en la fundación de la *Cofradía de la Preciosísima Sangre*.



El Albertini, como veremos más adelante, se convirtió en su Director Espiritual y desempeñó un papel importante, incluso decisivo, en la vida de Gaspar y su Instituto.

El 02 de febrero 1808, el general Miollis, por orden de Napoleón, ocupó Castel Sant'Angelo y la Plaza del Quirinale, en ese entonces residencia de los Papas. Las hostilidades entre el Papa y Napoleón se hicieron manifiestas. Se sabe que siempre los prepotentes y los más fuertes son los que ganan. Pío VII, que no lo quiso y no pudo doblegarse a la voluntad del Emperador, fue deportado a Francia y a los sacerdotes romanos y del Estados Pontificio, que gozaban de cierto Beneficio Eclesial, se les ordenó el juramento de lealtad al usurpador.

Es la mañana del 13 de junio de 1810, cuando Gaspar recibe la orden de presentarse en lugar de Policía. El padre quiso absolutamente acompañarlo. También sabemos el nombre del policía - un cierto Olivetti - que sin preámbulos le exige juramento. La respuesta es orgullosa y seca: *"¡No puedo, no debo, no quiero!"* Gaspar tiene sólo 24 años de edad y su valor suscita admiración. El policía pasa a la adulación, a las promesas, y por último las amenazas. La respuesta es siempre la misma: *"¡No puedo, no debo, no quiero!"* Como último intento trata inducir al padre para persuadir a su hijo a someterse. Y aquí surge el orgullo romano del buen cocinero, que, a pesar de sus defectos, es de una inagotable fidelidad a la Iglesia y su Cabeza. Levanta la cabeza, mira con orgullo a la Olivetti y exclama: *"¡Ciudadano, dispárate a mi primero y luego mi hijo, pero no hables de juramento!"*

Padre e hijo no juegan a la política y no defender el Poder Temporal de los Papas por un capricho, pero no aceptan la arrogancia, la intimidación y la imposición de aquel que hizo saquear las iglesias de Roma y robar las obras de arte más valiosas, incluso arrogándose el derecho de transformar la doctrina católica.

La condena para Gaspar está decidida de inmediato como su justa respuesta: ¡Exilio y prisión!

El joven no mueve ceja. En su corazón se alegra de sufrir por Cristo y Su Vicario.

Gaspar y el padre regresan lentamente a casa. Gaspar quisiera retrasar lo más posible el anuncio de la terrible noticia a su madre, que está allí, en angustiada espera. Pero a la llegada, antes el padre sin palabras y la madre que pregunta, ya previendo lo

peor, Gaspar colapsa en una silla y da en lágrimas. ¡Este humano e interior llanto nos lo hace querer tanto! A partir de este momento él se acercará a todos los sufrimientos y enjugará las lágrimas de todos, porque él mismo ha vivido el dolor.

Aquel llanto lo dice todo a su madre, que viene a su hijo, lo levanta, le infunde valor, venciendo y dominando su propia alma en estado de agitación. Entonces va a preparar el baúl, poniendo cuanto cree que el pueda necesitar.